

Conan Doyle, medio siglo después

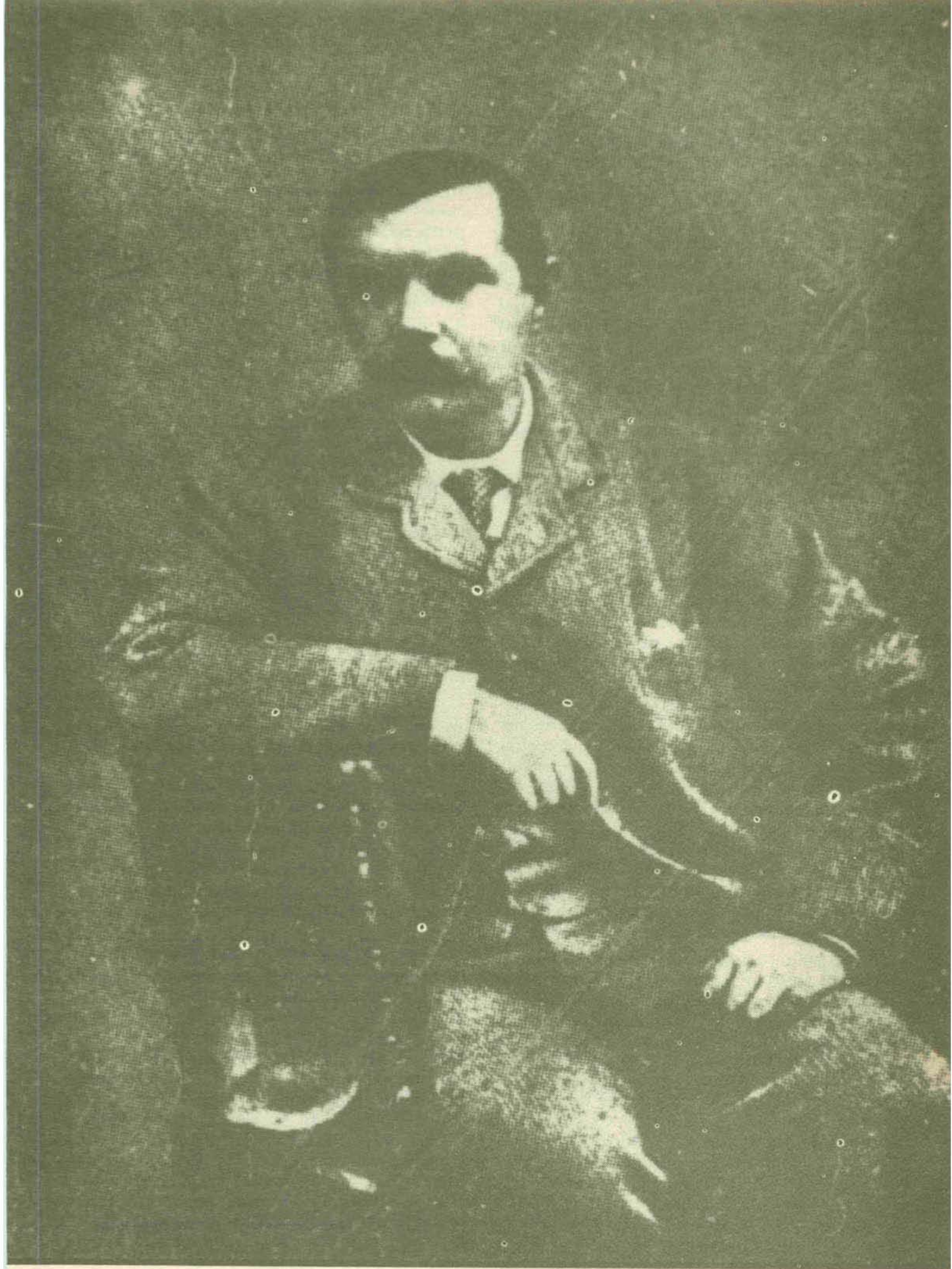
- La razón contra el reino del crimen

Ramiro Cristóbal

ESTA es una historia de médicos. Hace cincuenta años murió el doctor Arthur Conan Doyle, adaptador literario de las memorias de un tal «John H. Watson, licenciado en medicina y ex miembro del Departamento Médico del Ejército». Lo bueno es que estas reminiscencias del torpón de Watson, tratan de las inmortales hazañas de un cierto caballero, llamado Sherlock Holmes, terror del mundo del crimen y, en la vida real, Joseph Bell, eminente cirujano y profesor de la Facultad de Medicina de Edimburgo. La verdad es que la Literatura lleva un par de siglos, al menos, dejándose deslumbrar por la clase médica. Se la cree capaz de todo: crear los monstruos más horribles o las enteleguias más benevolentes; salvar la vida a millares de personas o dedicarse a la destrucción y el crimen. No olvidemos que la soberbia científica llevó a los doctores Frankenstein y Jekyll a crear repelentes seres

malignos; del propio Jack «el destripador», se pensó, mucho tiempo, que pertenecía a este honorable gremio, probablemente por la utilización de instrumental médico para sus inquietantes experimentos.

Conan Doyle, en cambio, inventó un empalagoso y bondadoso individuo dedicado, por entero, a barrer las suciedades de la buena sociedad victoriana. Lo peor es que lo hizo tan bien y puso tanta fe en su personaje, que éste acabó por engullirlo. Aún hoy en día, casi cien años más tarde de la aparición de Sherlock Holmes, resulta difícil referirse a Conan Doyle, separándolo de su personaje. El, como los médicos más inquietos, llegó justo al peldaño inferior de los dioses e intentó robar el fuego sagrado y dar vida a la materia y a los fantasmas. Y como a Prometeo, la aristocracia divina se las arregló para que fuera devorado, comenzando por el hígado que es una viscera de dificultosa reimplantación.



PAX VICTORIANA

Arthur Conan Doyle es persona que pertenece a la última mitad de la era victoriana. Cuando nació en Edimburgo, un 22 de mayo de 1859, Victoria «Regina-imperatrix» tenía justamente cuarenta años o, mejor dicho, le faltaban dos días para cumplirlos. La reina había nacido en el mismo florido mes de 1819, en el palacio de Kensington, ocho lustros antes, tal como vinieron a testimoniar el arzobispo de Canterbury, el obispo de Londres, el Duque de Wellington y el canciller del Exchequer, los cuales fueron convocados por el Duque de Kent para que dieran fe del nacimiento legítimo de su primogénita, que recibió en la pila del bautismo los reales nombres de Alexandrina Victoria.

Los pañales del futuro Sir fueron, claro está, mucho más modestos, pero no miserables. Hijo de un arquitecto de origen irlandés, tuvo el relativo bienestar de las clases medias. Gracias a ello, fue enviado a un aristocrático colegio católico: el de los jesuitas de Stoneyhurst en Lancashire. Hay algunas cosas que merecen destacarse: la primera, es el ambiente de ferviente catolicismo en casa de los Doyle no sólo por parte de los padres, sino de los tíos y abuelos, la mayoría provenientes de Irlanda y, concretamente, descendientes de la pequeña nobleza de tal país. La segunda, es el haber enviado a Arthur a un colegio por encima de las posibilidades de la familia, en donde se educaba lo más selecto entre los retoños de la aristocracia católica inglesa y continental, como, por ejemplo, algunos hijos de nobles españoles. Según testimonio de alguno de éstos, parece ser que el hijo de los Doyle sufría bastante por la constante penuria de sus medios y la modestia de su ajuar escolar.

Mientras tanto, Inglaterra continúa su paseo triunfal en todo el mundo. El gran imperio colonial obliga, sin embargo, a frecuentes guerras en las que la superioridad técnica de las tropas británicas impone una peculiar «pax» victoriana, uno de esos períodos en apariencia tranquilos y prósperos, que imponen los fusiles y los cañones. Y de los que, desde luego, sólo disfrutaban unos pocos. La guerra de Afganistán en 1840; la conquista de Hong Kong y la anexión de Natal; la guerra de conquista en la India; Crimea (1854); la contienda de Persia; la gran campaña franco-inglesa contra China (1860); la anexión, con un régimen jurídico u otro, de los estados malayos, el Transvaal y una parte de

Africa, son algunos de los momentos de esa campaña imperialista que culmina en 1877, cuando, tras aplastar un levantamiento nacionalista, Victoria es coronada emperatriz de la India. A partir de 1868 casi hasta fin de siglo, las dos grandes figuras políticas, Disraeli y Gladstone, se turnan en el poder. Es el primero de los dos, en especial, el que lleva adelante, con particular vigor y dedicación, la política exterior de conquista y rapiña.

Pero las perspectivas políticas y sociales de los ingleses de la isla son bastante distintas. Ciertamente hay una larga etapa de miseria y explotación de las clases trabajadoras, pero ya en la segunda mitad la prosperidad va alcanzando a todo el mundo y la enérgica resistencia de las organizaciones obreras les va haciendo conseguir mejoras paulatinas en lo que concierne a horarios de trabajo y descanso, alzas salariales y condiciones de salubridad.

La clase media está enamorada de los avances de la Ciencia y la Técnica, a las que achacan el auténtico progreso. Desde el cloroformo hasta la teoría electromagnética de la luz y desde el ferrocarril hasta los antisépticos, todo tiende a dar la impresión de que las ciencias pueden conseguir un bienestar ilimitado para el hombre.

Lo más curioso es que, como ha ocurrido con alguna frecuencia, se llega a pensar que también las ciencias sociales podían someterse al todopoderoso imperio de la acción y la reacción, casi de manera infalible. Macaulay decía que la reforma electoral era una ley «tan ineluctable como la de la gravitación y el movimiento» y creía que los sucesivos ordenamientos legales de este tipo constituían «esa fuerza irresistible que ordena el curso de la civilización misma».

OBSERVAR Y DEDUCIR

A Macaulay («Baladas de la Roma antigua») leía el adolescente Conan Doyle en el colegio de los jesuitas. También a Walter Scott y Edgar Allan Poe. Durante sus años universitarios ampliará sus lecturas, pero nunca perderá la referencia de estos tres autores. Estudia, sin mucho entusiasmo, medicina en la Facultad de Edimburgo y encontrará a su maestro Joseph Bell, que transformará, años más tarde, en el gran Sherlock Holmes. Bell era un hombre tan de su tiempo como lo era el positivismo y la confianza en la razón humana. Solía alardear de poder decir, sin equivocación, la profesión y parte



La reina-emperatriz Victoria de Inglaterra. (Palacio de Kensington, Londres, 1819-Palacio de Osborne, 1901). Reinó durante sesenta y tres años, simbolizando la época de mayor esplendor de la historia de Inglaterra.

del pasado de un hombre que viera por primera vez, con sólo observarlo atentamente y hacer algunas deducciones después. Conan Doyle dejó de ser discípulo suyo, pero mantuvo una copiosa correspondencia con su viejo profesor, el cual está hoy comprobado que le suministró bastantes de sus famosos casos.

Tanto Joseph Bell como el propio Conan Doyle fueron hombres definitivamente reaccionarios desde el punto de vista polí-

tico. Bell era un decidido imperialista: «Por cierto, no desearás que nos expulsen de Sudáfrica —decía a un amigo—. Una vez que una nación comienza a ceder, es una nación moribunda que no tardará en fallecer». Por su parte, Conan Doyle, que se presentó dos veces como candidato local del partido liberal-unionista de Chamberlain, compartía ampliamente la opinión de éste sobre la necesidad de mano dura en cuestiones tales como la irlandesa y la de los nacionalistas boers.

Sin embargo, estos dos hombres, como muchos reaccionarios de su época, eran tremendamente progresivos en otros aspectos. Como los propios marxistas, creían en la eficacia del dato objetivo, científico, y de la capacidad deductiva, para interpretar la realidad. Claro está que la sociedad ideal de estos positivistas de derechas distaba mucho de la de los socialistas, pero al menos compartían su forma de reflexión y análisis. Numerosos marxistas han observado esta característica: Gramsci, por ejemplo, dice, comparando a Chesterton y Conan Doyle, que «los relatos del padre Brown (de Chesterton) son apologías del catolicismo y del clero romano, educado para conocer hasta los más íntimos pliegues del alma humana, mediante la práctica de la confesión y de la dirección espiritual; intermediario entre el hombre y la divinidad, se alza contra el cientifismo y la psicología positivista del protestante Doyle». Todavía más lejos llega el cineasta soviético Sergei Eisenstein: «Watson y Sherlock Holmes siempre actúan sobre la vía de una perfecta lógica. Más concretamente, Sherlock lo hace fundándose no en la lógica, sino en la dialéctica».

Bueno, es muy discutible lo que afirma Eisenstein y hay un error importante en la reflexión de Gramsci: Conan Doyle nunca fue protestante. Pasó del catolicismo al agnosticismo, al deísmo y, por último, se dejó conquistar por las teorías espiritistas. Lo que sí es cierto es que perteneció a un ámbito cultural protestante, por decirlo así.

Sea como sea, esta contradicción sociopolítica (progresiva en el método, reaccionaria en su finalidad y conclusiones) la lleva arrastrando la novela policiaca «problema» desde el principio. Y el asunto es más complicado aún si se trata de hacer la comparación con la otra gran corriente, la llamada «novela negra», que es mucho más crítica, pero cuyo método, la acción pura, se inscribe en la corriente irracionalista de parte de la filosofía alemana y anglosajona.

Hacia 1881 tenemos a nuestro razonador victoriano convertido en médico. Se establece en Portsmouth y simultanea su actividad con la literatura; durante la década siguiente seguirá imitando a sus autores favoritos, Poe, Scott, Dickens, Bret Harte, etc. Algo va escribiendo en años sucesivos y parece que se inclina por la literatura de misterio y policiaca. A veces, no obstante, se decide por los relatos de aventuras y la novela histórica.

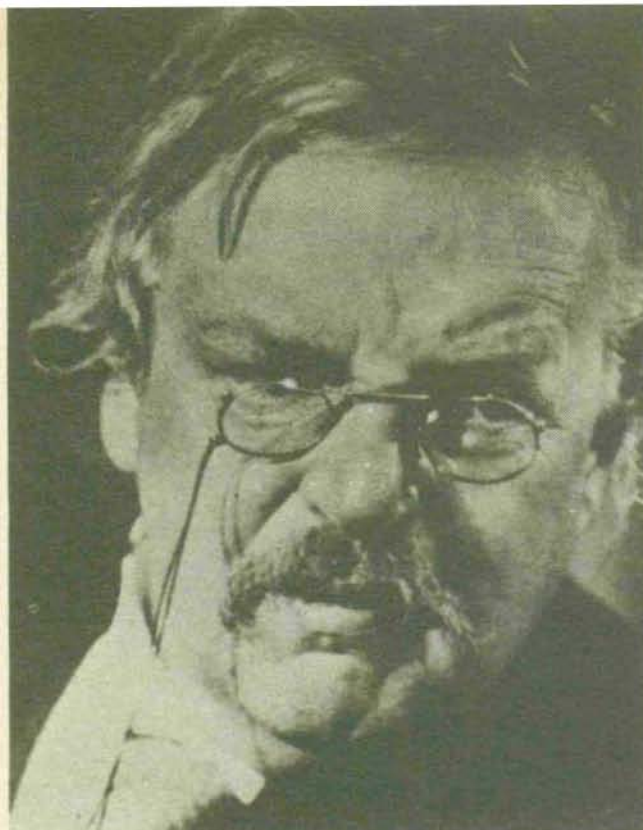
Cinco años más tarde, Conan Doyle da por fin en el clavo. La literatura daba para poco y los

pacientes eran más bien escasos. Habían sido años de penuria extrema, casi de miseria y sólo su matrimonio (1885) y la renta modesta de su mujer le permitió un relativo desahogo. En fin, fuera espoleado por la necesidad o por el aburrimiento que sin duda le producía el ejercicio de la medicina, tomó la decisión de crear, finalmente, un buen producto; un personaje apreciable en el que se unieran las cualidades científicas y detectivescas que tanto admiraba. Fue entonces cuando pensó en su viejo maestro, el doctor Joseph Bell. Sus cualidades mentales y morales se prestaban magníficamente al juego, pero su aspecto exterior debía ser decididamente reformado. Para empezar había que rejuvenecerlo y, desde luego, darle un aspecto más apuesto, así como un ambiente familiar más recatado y misterioso. Bell, padre de familia numerosa, pequeño y delgado, no daba el tipo; Conan Doyle así lo consideró y de este modo nació al mundo de la ficción un detective, «alto, flaco, de cráneo marcadamente dolicocefalo, de rostro afilado y vivaz», que en un principio llevaba, como una maldición, el horrible nombre de «Sherringford Holmes».

MARTILLO DE HEREJES

Auguste Dupin, el famoso detective de Edgar Allan Poe, era un «joven caballero que procedía de una familia excelente —y hasta ilustre—, pero una serie de desdichadas circunstancias le habían reducido a tal pobreza que la energía de su carácter sucumbió ante la desgracia, llevándole a alejarse del mundo y a no preocuparse por recuperar su fortuna». Descubrir misterios criminales era su vocación, pero jamás enjuiciaba el bien y el mal. Sherlock Holmes, su sucesor literario más directo, es, en cambio, un austero moralista, una encarnación formidable del gran aparato de la justicia burguesa.

Conan Doyle sacó adelante a su gran personaje en 1886. En el primitivo manuscrito de su novela corta «**Estudio en escarlata**», le define con los siguientes rasgos: «joven de ojos soñadores - filósofo - coleccionista de violines raros - tiene un laboratorio de química». En cuanto a Watson, del que ya menciona que vive en el 221 B de Baker Street, le llama nada menos que Ormond Sacker y en sus notas dice «from Soudan» (tachado) y a continuación «from Afghanistan». Y, en efecto, allí había servido el bueno de Watson, ocupándose en curar a los eventuales soldados coloniales maltrechos.



Gilbert Keith Chesterton. (Londres, 1874-1936).

No es este el momento de ocuparnos con la debida extensión de Sherlock Holmes, por divertido que pudiera resultar. Sin embargo, aunque no deja de ser peligrosa esa separación de siameses, es el personaje de Conan Doyle el que debe requerir nuestra atención. Lo que sí parece interesante es hacer alguna referencia a Sherlock Holmes como reflejo de su autor y, en definitiva, como reflejo de su época. Descubrir todo lo que de colonialista, victoriano, racista y burgués tiene Sherlock es hacerlo de la mayoría de los ciudadanos de la gran Inglaterra de su tiempo. Lo mismo que, como ya queda dicho, el apreciar su confianza y respeto por la razón humana y la Ciencia es signo de lo más sano de su forma de ser.

Para empezar, una característica fundamental: Sherlock-Doyle cree en la justicia absoluta de la sociedad en que vive. Todo, o casi todo, está bien en su mundo; la delincuencia, el terrorismo, las sectas scretas forman un cáncer que es preciso extirpar. Hoy resulta casi sorprendente esta absoluta identificación de la Ley con la Justicia. La novela americana de los años treinta terminó con la inocencia. Desde entonces sabemos que las leyes las hacen un cierto sector de la sociedad y naturalmente en su beneficio. Así, es posible que gánsters, policías y magistrados no estén tan lejos unos de otros como habíamos creído.

Pero en los felices tiempos de fines del XIX aún no se habían planteado estos problemas prácticos por más que la teoría política mar-

xista y anarquista ya hubiera hablado de esta identificación o conexiones entre las clases adineradas y las leyes. En el último cuarto del pasado siglo, aún se podía pensar que la delincuencia y el crimen procedían de un fondo abstracto de maldad, mientras que la justicia y la policía defendían los mejores valores morales de la sociedad.

No es menester referirse a las mil y una vez en que los malvados o, al menos, sus sicarios, son hindúes o simplemente italianos a los que Doyle parece atribuir todas las cualidades peyorativas más tópicas, desde la astucia a la crueldad. Alguna vez aparecen los carbonarios como terroristas profesionales (*La aventura del círculo rojo*) y con infinita frecuencia son las clases trabajadoras las protagonistas de horribles crímenes.

En fin, como ya he sostenido alguna otra vez (1), es mi opinión que la extraordinaria popularidad y la permanencia del personaje de Conan Doyle radica, precisamente, en esa comunicación entre los prejuicios ideológicos del escritor y de una gran parte de su público de clase media, al que no sólo proporciona evasión, sino una agradable catarsis ante los temores de todo tipo. Sherlock Holmes vendría a ser, según esto, un escudo justiciero ante el asalto «de los de abajo»; una especie de manto protector que aísla del futuro desconocido y asegura la eternidad del presente.

Sherlock Holmes, martillo de herejes sociales, será el hermano menor de las dos instituciones más contundentes de la última época victoriana: la Real Armada y Scotland Yard, ocupadas ambas en convencer, dentro y fuera de la isla, a los recalcitrantes empeñados en desconocer el predominio y la respetabilidad de la emperatriz y sus mejores y más reales súbditos.

AVENTURA Y TEDIO

Pero, a veces, tanta perfección aburre. El propio Sherlock Holmes contrarresta, como puede, su «spleen» a base de cocaína y solos de violín. Es un mundo demasiado bueno, excesivamente terminado y cerrado. Por eso, el gran Holmes sólo revive ante la aventura; sus ojos febriles y profundos sólo se animan ante la inminencia del cazador rastreando la presa. Sí, sólo la aventura logra vencer el tedio.

Conan Doyle también pasó esta segunda

(1) En *El País dominical*: «Los detectives de novela: la clase media en acción». Abril de 1978.



Conan Doyle durante una sesión de espiritismo (Camera Press).

parte de su vida en lucha continua contra el aburrimiento. Hombre de excepcional fuerza física, de inmejorable salud y aficionado a toda clase de deportes, especialmente el boxeo, trató de alejar, múltiples veces, el fastidioso mundo hogareño, el acuciante trabajo literario y la interminable saga de Holmes, que venían a ser lo mismo. Todo hombre tiene su calvario personal, su esclavitud personal e intransferible y esta para Conan Doyle se llamaba Sherlock Holmes.

Cuatro novelas «largas» («**Estudio en escarlata**», «**El signo de los cuatro**», «**El sabueso de los Baskerville**» y «**El valle del terror**») y docenas de aventuras cortas, agrupadas en varios volúmenes («**Las aventuras**», «**Las memorias**», «**El regreso**», «**El archivo**» y «**Su última aparición**») son los casos en que Sherlock Holmes razona y actúa, mientras Watson, secunda y escribe. Desde 1886 hasta 1930, fecha de su muerte, Conan Doyle llevó esta maldición encima, a la que trató de «matar» varias veces, sin éxito. En 1893 su decisión de acabar con el detective era irrevocable; en 1905 la presión del público le obligó a resucitarlo. El sino de cada uno es, a menudo, implacable.

Pero la vida londinense —niebla, pipa, chimenea, bata y **The Times**— no era todo para Doyle, que había gustado, en su primera ju-

ventud, las mieles de la aventura navegando como médico en sendos vapores que hacían el itinerario hacia el Artico, uno, y hacia Africa el otro. El primero era un ballenero; Doyle cobró 50 libras y estuvo contentísimo. Escribió: «Hasta ahora ignoraba lo que es la plenitud de la salud. Me siento capaz de ir hasta el fin del mundo y de hacer cuanto se me antoje». El segundo, el «Mayumba», era un barco de carga y pasajeros que hacía la travesía hacia la costa Oeste de Africa; en su novela autobiográfica «**Las cartas de Stark Munro**» describe parte de su vida aventurera en tal lugar flotante: «Unas líneas para anunciarle que estoy a salvo y de regreso, después de pasar las fiebres en Africa, de estar a punto de ser comido por un tiburón y, como final, de haberse incendiado el "Mayumba" entre Madeira e Inglaterra».

No habría de ser su último viaje aventurero. En 1900, con motivo de la guerra anglo-bóer, se va, como médico voluntario, a Sudáfrica y comienza a trabajar en el hospital de Bloemfontain. Llevaba tiempo sin ejercer la medicina, pero la aventura, sin duda, le sedujo. Probablemente el imperialismo militante de su jefe político, Chamberlain, no fue más que una excusa patriótica para salir de la vida monótona que le ahogaba. Además su primera mujer, Louise Hawkins, tenía una tu-



Bruce Nigel (como el doctor Watson), Basil Rathbone (en el papel de Sherlock Holmes) e Ida Lupino, protagonistas de un film basado en las aventuras de Sherlock Holmes, producido por la Universal en 1942.

berculosis crónica desde 1893 y esto le obligaba a una vida solitaria en la campiña, primero en Davos, Suiza, y luego en el pueblo de Hindhead, en Surrey.

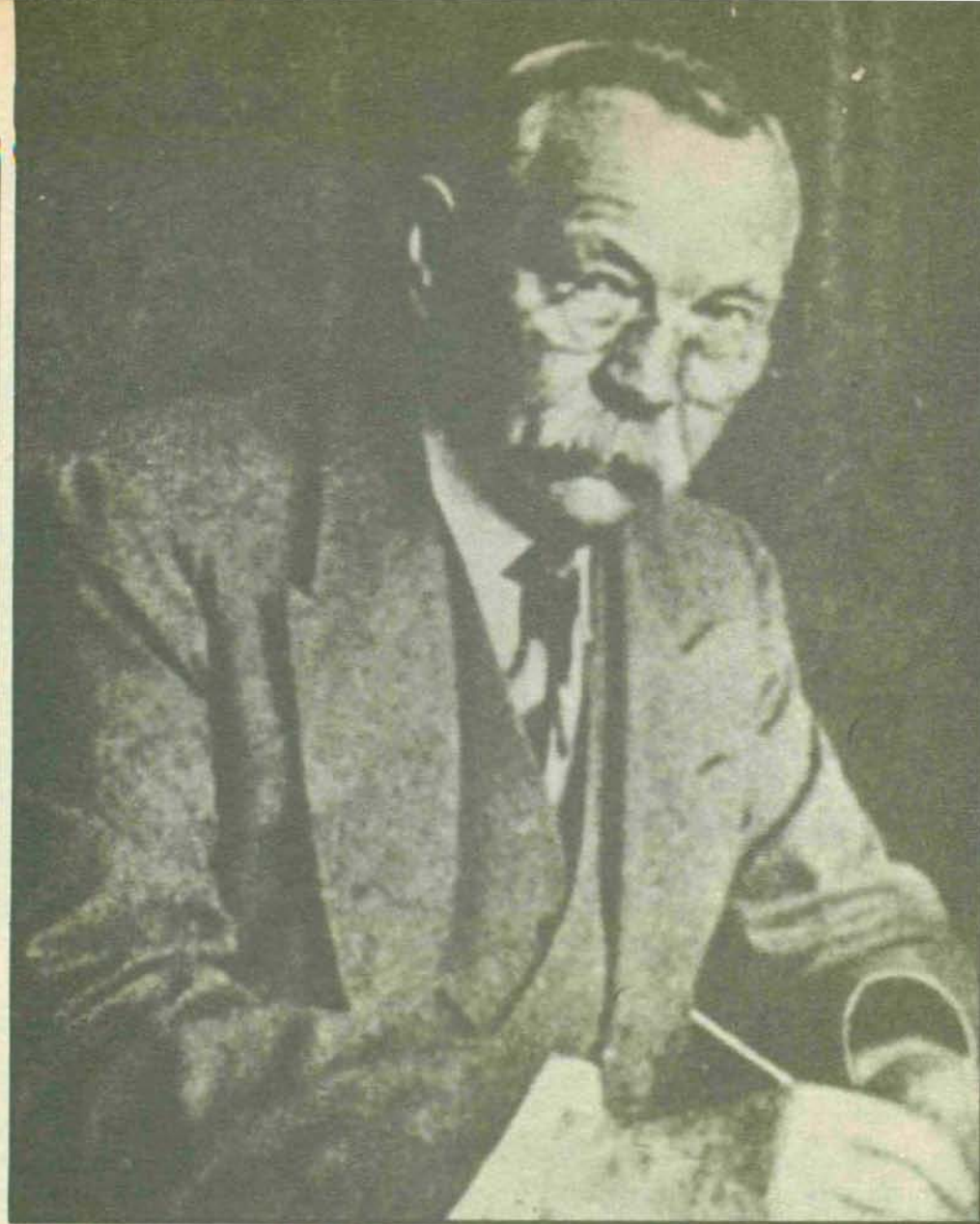
Este afán de espacios abiertos, de curiosidad por lo desconocido y de cosquilleo ante el peligro sale a la superficie en la otra gran serie de sus novelas: la del profesor Challenger. En «El mundo perdido», «El cinturón envenenado» y «El país de la niebla», es el profesor Challenger el que dirige la expedición; este personaje de científico, explorador y casi mártir de la ciencia, con su inquebrantable y ofensiva vanidad y su endiablado carácter, está lejanamente sacado también de un viejo profesor de Doyle, el doctor Rutherford, aunque probablemente se inspiró, también, en el zoólogo Charles Wiville Thomson, un explorador de la vida en el fondo marino. Significativamente, la corbeta en la que Thomson realizaba sus viajes científicos se llamaba «Challenger».

Por lo demás, una popularidad delirante en todo el mundo y el reconocimiento real de sus servicios, nombrándole Sir, fueron las constantes de los últimos treinta años de su vida. Sin embargo, dos breves incursiones en la política activa salieron mal. Sus oponentes le derrotaron en toda la línea, recordando su pasado de estudiante en los jesuitas y acusándole de «agente papista».

LA ULTIMA EVASION

Hacia 1915 Conan Doyle encuentra la fe de nuevo. Católico por ambiente familiar y educación, era agnóstico desde sus tiempos universitarios. La última quincena vuelve a creer en la inmortalidad, aunque de una forma peculiar. Por esos años la población civil que estaba en Inglaterra dio en el intento de comunicarse con sus seres queridos, muertos en el continente durante la Primera Guerra Mundial. Una tal señora Lily Loder-Symonds, amiga de los Doyle, había perdido tres hermanos y asimismo le había sucedido a Jean Leckie, segunda mujer del escritor. Fue aquella mujer la que hacía de médium y la que arrastró a Sir Arthur hacia el espiritismo que durante la segunda mitad del siglo se había empezado a considerar como **la nueva religión**.

En 1916, en la revista **Light**, Conan Doyle confesaba públicamente su fe recién adquirida: «O es una completa locura o es una revolución en el pensamiento religioso, una revolución que nos proporciona un inmenso consuelo cuando los seres que nos son queridos pasan al otro lado del velo». Para él, se trataba de su vieja creencia católica, adobada con un cierto cientifismo y con la enorme ventaja, muy de la época, de tener el sentido utilitario del aquí y ahora. Los espí-



Sir Arthur Conan Doyle en los últimos años de su vida.

ritus podían ser consultados sin esperar al tránsito: ellos parecían desearlo tanto como los vivos. Y, desde luego, resultaba mucho más emocionante y misterioso que las religiones tradicionales.

El converso comenzó una vigorosa campaña de apostolado, a base de giras y conferencias. También escribió bastantes libros —«**El mensaje vital**», «**La nueva revelación**», «**El límite de lo desconocido**»...— y muchísimos artículos. Sin darse cuenta hizo el juego de lo más reaccionario de su época. La lucha contra el materialismo estaba en marcha y el espiritismo fue una más entre las doctrinas en liza. En «**La nueva revelación**» lo expresa así: «La nueva revelación sólo será fatal para uno de estos sistemas religiosos o filosóficos: el materialismo».

En fin, fue el último «divertimento» de un gran aburrido que jamás se atrevió a romper definitivamente las reglas del juego, tal

como hizo, por ejemplo, su famoso contemporáneo, Bernard Shaw. Ambos, rebosantes de energías y de fortaleza, trataron de ensanchar el filisteo cerco de la sociedad victoriana que los asfixiaba. Bernard Shaw fue siempre un rebelde. Conan Doyle, súbdito fiel de Su Majestad Imperial, escapó hacia mundos desconocidos encarnado en el profesor Challenger o hizo un viaje en torno a su cráneo, con el gran pedante de Sherlock Holmes. Al final, detalle significativo, prefería hablar con los espíritus antes que con los hombres.

Murió un día de julio de 1930. Su viuda hizo poner en la lápida un epitafio:

*«Sir Arthur Conan Doyle
Temple de acero, rectitud de espada».*

Pero ya se sabe que por regla general no somos todo aquello que bondadosamente piensan de nosotros las personas que nos aman. ■
R. C.

La Historia de España escrita para ser leída.

Una sociedad en guerra. (1032-1300)

Con el ocaso del Califato de Córdoba, la España musulmana queda cubierta por todo un mosaico de reinos Taifas desconectados entre sí, que con frecuencia llegan a declararse en guerra.

Esta desmembración de la autoridad musulmana es aprovechada por los reyes cristianos para avanzar a grandes pasos en la Reconquista. Así, tras la creación de los reinos de Castilla y León, se intensifican los hostigamientos contra los árabes, sufriendo estos su más importante derrota en las Navas de Tolosa en 1212.

A pesar de todo, ambas culturas mantienen una forzada coexistencia en el plano social.

El volumen n.º 4 de Historia de España de Historia 16 le ofrece una detallada información de todos estos sucesos y de la significativa trascendencia que tendrían en el correr de nuestra historia.



No renuncie a su historia.

Búsquela en su Kiosco o

Librería 150 Ptas.

O recíbalala en su domicilio
mediante suscripción.

Rellene y envíe este cupón a Historia 16.

- Deseo suscribirme a los 12 extras que forman la Historia de España, al precio de lanzamiento de 1.500 Ptas.
- Deseo suscribirme a Historia 16 por un año, por un importe de 2.100 Ptas.

Nombre _____

Apellidos _____

Dirección _____

Ciudad _____ D.P. _____

Forma de pago: Talón nominativo a
Información y Revistas, S.A. Paseo de la Habana, 12,
Madrid-16. Giro Postal n.º _____

Gastos de envío a Europa: 1.000 Ptas.
Resto del mundo 2.400 Ptas.

¡Copias para los
primeros números
a la venta. 200ptas.

Pídaselas a Información y Revistas,
Hacia García Noblejas, 41, Madrid-17
Envíe su importe por giro postal
o talón nominativo.

Consejo Asesor de Historia 16.

Gonzalo Anes, Miguel Artola, Albert Balcells, Julio Caro Baroja, Raymond Carr, Antonio Domínguez Ortiz, José Antonio Escudero, Luis Gil, Luis González Seara, Guy Hermet, Gabriel Jackson, Clara E. Lida, Juan Maluquer de Motes, Julio Mangas, José Antonio Maravall, Juan Marichal, José Luis Martín, Miguel Martínez Cuadrado, Jordi Nadal, Nicolás Sánchez Albornoz, Herbert R. Southworth, Stanley Payne, Hugh Thomas, Antonio Tovar, Manuel Tuñón de Lara, Julio Valdeón, Angel Viñas, Pierre Vilar.

Historia de España de historia 16
La aventura de un pueblo milenario